

Aprendiendo a aprender

SUSANA PABLO HERNANDO

1^{er} Premio

Bajo el foco

Aurora se atusa el cabello, metiendo sus dedos crispados entre las hebras plateadas. Estudia con interés las arrugas que surcan su rostro y maldice en voz alta la potencia de las luces que alumbraban el espejo del aseo de “chicas” de la recién inaugurada Escuela de Trabajo Social: esos inclementes focos le devuelven una imagen “demasiado envejecida” de sí misma. De repente, se siente marchita y fuera de lugar.

—Asúmelo, Auro, te has hecho mayor— se dice con una inusual ternura en su voz.— Podrías ser la madre de cualquiera de tus compañeros. E incluso la abuela. Se pregunta, con cierto desasosiego, si también la del profesor.

Durante una brevísima fracción de segundo, baraja la posibilidad de retocarse el maquillaje. También la de huir. Después se rinde a la evidencia: es una mujer de 68 años confrontada a la peliaguda situación de tener que realizar una presentación oral delante de sus compañeros (jóvenes a los que les hierve la vida en las venas). Acaso, ¿una generosa

capa de base de maquillaje va a modificar el curso de esta realidad?

—¡Habértelo pensado antes, vieja loca!— se recrimina con acritud. Su-yo-más-severo toma las riendas y, paradójicamente, eso le alivia, le hace sentirse a salvo. Casi puede sentir su hostigadora presencia física, zarandeándola con brusquedad.

Cierra los ojos y se fuerza a apaciguar su respiración agitada: “inhalación”, “exhalación”... Cuando abre los párpados, apenas una ranura, una sonrisa aflora en sus labios. También ha logrado desprenderse del engorroso fardo —hecho de miedo y de vergüenza— que durante unos minutos ha encorvado sus hombros. Se siente ligera.

A pesar del estruendo del pasillo (una mezcla de risas y de voces que le parece la banda sonora de la vida misma), Aurora percibe la vibración de su (arcaico) teléfono móvil. Es un mensaje de Héctor, el mayor de sus nietos. También él debuta como estudiante universitario (en su caso, en la Facultad de Veterinaria). “Ánimo, abu. Lo vas hacer de xxxx xxxxx. Besos”.

Un patito feo en un lago de cisnes

El Profesor Domingo Carazo, Catedrático del Departamento de Sociología, pide encarecidamente silencio cuando Aurora sube al estrado. Había llegado el momento de la (fatídica) verdad. El murmullo de voces que durante unos segundos recorre el aula “Mary Richmond” —exactamente los mismos que ella tarde en desplazarse desde la tercera fila—, sólo contribuye a exacerbar su nerviosismo, a echar más leña al ardiente fuego de sus dudas. Es bien consciente de que las quince presentaciones previas

se han desarrollado en un silencio sepulcral, compuesto de indiferencia y de tedio. Su presencia “despierta” (verbo nunca mejor escogido) curiosidad, en algunos alumnos también escepticismo. Aurora se siente como un patito feo en un lago de elegantes y gráciles cisnes. Ella sólo quiere ser una más, una de ellos, una de tantos.

En su aturdimiento, tropica con el cable del video-proyector y el Profesor Domingo Carazo tiene los reflejos suficientes para evitar el desastre (ya se sabe que a partir de ciertas edades las caídas aumentan el riesgo de fractura). O al menos en parte. El Catedrático (definitivamente, ella podría ser su madre, pero no su abuela) no puede evitar la nueva ola de risas y de voces que vuelve a sacudir a la clase. ¡La viejecita les va a amenizar el curso!

Mientras el Profesor Domingo Carazo recuerda las reglas del juego (una presentación de no más de diez minutos para proponer un tema de investigación sociológica relacionado con el ámbito del trabajo social, justificar su relevancia y esbozar su metodología), Aurora siente como la cólera —agazapada en algún recóndito rincón— se despereza, rugiendo con furia.

“¿Qué se creían esos jóvenes (en honor a la verdad, los llama “niñatos”)? Acaso podrían imaginar el esfuerzo que le ha costado poner los pies en ese estrado? A ella sus padres no le habían mandado a la universidad, sino al campo”, su-yo-más-severo, para ella lo más parecido a un ángel de la guardia, no deja de azuzarla. Le insiste en que no puede quedarse de brazos cruzados, aguantando estoicamente el chaparrón.

Decide jugarse el todo por el todo. A sus años, una ya no tiene nada que perder. En el mejor de los casos, sólo algo que ganar. Y, como la experiencia

le ha enseñado (esa que ahora desdennan sus jóvenes camaradas, con la suficiencia propia de su edad), luchar por el respeto y la dignidad es una obligacón moral que nunca se pasa de moda.

Una inusual lección de Vida

“Me llamo Aurora, tengo 68 años (eso sí, recién cumplidos), cinco hijos y trece nietos. Casi quince, porque mi hija Adela está embarazada de ocho meses. Espera gemelos. Enviudé hace menos de un año y fue, en pleno duelo, cuando decidí retomar mis estudios: necesitaba sentirme viva para hacer frente a la muerte. Algún día, lo comprenderán mejor. No les menciono mis achaques porque superaría con creces los diez minutos que el Profesor Carazo ha tenido a bien concederme. Al igual que ustedes, estoy matriculada en la Escuela de Trabajo Social. En el primer curso. Debuté en el mundo de la universidad, con la misma ilusión que mis compañeros. Aunque quizás piensen que sería más apropiado que debutase en el de los geriátricos, ¿no?”.

Aurora se percata del nerviosismo del docente, del profundo silencio que se instala en el aula. Esta vez es un silencio tenso, expectante, sólo quebrado por esporádicos susurros y algún amago de risa. Saborea, con regocijo, su momento de protagonismo.

“Mentiría si no reconociese que sus miradas indiscretas, sus comentarios mordaces y sus risas extemporáneas me han producido mucha sorpresa y algo de dolor. No demasiado (mente). A mis años, una está bastante curtida (vuelve a mentir). ¿Están seguros de que se han matriculado en Trabajo

Social? Les recuerdo que sus “clientes” o “usuarios” (ya discutimos sobre los matices del lenguaje en la clase del Profesor Escobar) serán personas mayores, personas en riesgo de exclusión social, personas inmigrantes... Personas, a fin de cuentas, poco importa el apellido, ¿no creen?”

Un suspiro colectivo se escapa de la boca de sus compañeros. Algunas mejillas se tiñen de púrpura. Varias miradas se precipitan al vacío, refugiándose en los apuntes.

“Pero yo no he subido a este estrado para moralizar ni adoctrinar. Nunca he tenido afán de protagonismo ni me ha gustado ir de víctima. Sólo quiero recordarles que el conocimiento no es un patrimonio exclusivo de la Universidad (con U mayúscula). Puedo confirmarles que la mejor Universidad no es la Harvard o la de Princeton (a pesar de que encabezan los rankings), es la de la Vida (también con V mayúscula). Y que uno no deja de aprender hasta que se extingue su último latido. Podría haber seguido aprendiendo de los muchos libros que he leído y de los que aún me quedan por leer... Pero tenía una deuda con una niña de catorce años que tuvo que dejar precipitadamente la escuela para echar una mano a sus padres y que siempre tuvo una espinita clavada en el corazón: la de no haber cumplido su sueño de ir a la Uni”.

El pulso de Aurora no tiembla cuando introduce el dispositivo USB en el ordenador y abre su presentación PowerPoint. ¿Se creían que el Profesor Carazo iba a tener que desempolvar el retroproyector para que ella mostrase sus transparencias?

“Profesor Carazo me quedan tres minutos y cuarenta segundos para exponer mi proyecto de investigación sociológica. No me excederé de ese tiempo. Me gustaría abordar con métodos cualita-

tivos —principalmente, entrevistas y observación no participante— la situación de las personas sin hogar que habitualmente vemos (o más bien nos esforzamos por no ver) en las calles de nuestras ciudades. Según Cáritas...”.

Sin apellidos

Un sincero (y atronador) aplauso recorre el aula “Mary Richmond” cuando Aurora desciende del estrado. Le desagrada el ardor de sus mejillas y, por pudor, esquiva las miradas (¿reconocedoras?) de sus compañeros. El Profesor Carazo ha elogiado su presentación (“impecable”, ha repetido, generoso en cumplidos), destacando la justificación teórica, la originalidad metodológica y la relevancia del tema escogido. Los halagos siempre le han incomodado. En alguna medida, también intimidado. Un halago siempre genera una expectativa y, por tanto, una obligación de satisfacerla.

Cuando está a punto de llegar a su asiento, advierte que un solitario aplauso se resiste a morir. Aurora no puede evitar la punzada de curiosidad y, muy a su pesar, se ajusta los anteojos para desenmascarar al autor.

Su corazón falla un latido cuando descubre que el alumno sentado en la última fila es Héctor, “su Héctor”. Su principal apoyo cuando todos intentaron disuadirla. “No hagas caso, abu. Prepararemos juntos los exámenes. Los animalitos tampoco llevan apellido”.